

## Capítulo 1

### Nubarrones en el horizonte

Mauritania, primavera 1973

A la luz del atardecer toda la amplia meseta desértica del Adrar mauritano aparecía teñida de un intenso color azafranado sin prácticamente línea de disociación en el horizonte, tan solo el potente disco solar en declive daba una referencia efectiva por la que orientarse. La atmosfera de ámbar en cualquier dirección, fruto del intenso calor y de la avanzada estación del año, creaba la sensación irreal de encontrarse dentro de una esfera sin sombras.

Empero, las columnas de arena que levantaban los dos Land Rover, que cruzaban rápidos la planicie en dirección este, conferían algo de vida a aquel territorio ignoto y primigenio. Ambos vehículos, minúsculos en aquella inmensidad, marchaban raudos siguiendo una pista, invisible a ojos de alguien que no fuera muy avezado en navegar aquellas soledades. Iban distanciados una veintena de metros, y oblicuos entre sí para que la polvareda del primero no cegara al que marchaba en retaguardia, pero esquivando con habilidad los miles de baches y socavones del camino. Estaban conducidos por manos expertas.

Una hora más tarde el paisaje fue cambiando y aparecieron en lontananza elevados pitones basálticos negros, como calcinados por el fuego, que indicaban que el fin del camino estaba próximo. A la vista de las montañas los dos Land Rover pararon cerca de un grupo de acacias enanas; el agotador viaje y la proximidad del destino animó a sus ocupantes a hacer un receso.

De los vehículos bajaron hasta ocho hombres. Los conductores limpiaron los parabrisas e intercambiaron impresiones sobre las incidencias del viaje, que afortunadamente había transcurrido sin mayores problemas gracias a las precauciones que se habían tomado. Algunos se aprestaron a la oración dada la posición cenital del sol, luego se encendió una lumbre con ramitas de acacia para preparar el té. Los hombres fumaron y atizaron el fuego casi en silencio, sus rostros denotaban la factura del cansancio por los labios cortados y los ojos inyectados de sangre por el viento y la arena. Sorbo a sorbo, bebieron con delectación su infusión vigorizante.

A poco un sonido grave y poderoso se fue haciendo presente en medio del silencio del desierto. Era un sonido desconcertante, casi intimidatorio, como de algo excesivo y descomunal que resultaba ajeno a la quietud del paraje, hasta el punto de que el mismo suelo parecía temblar. Los viajeros se pusieron en pie para observar el espectáculo único de ver pasar el tren más largo del mundo. Se trataba del tren de mineral de hierro que hacía su línea entre las ciudades de Zouerat y Nuadibú, distantes más de setecientos kilómetros.

Algunos no habían estado nunca en esta parte del país, pero habían oído hablar del gigantesco ferrocarril, otros sí lo habían visto pero siempre resultaba asombroso su imponente aspecto. Aquel tren era tan grande que necesitaba de cuatro locomotoras para

arrastrar los más de tres kilómetros de longitud que medía de principio a fin. Todos los vagones iban cargados de polvo de hierro, principal fuente de riqueza de Mauritania, por lo que, a su paso, y más cuando soplaban el siroco, dejaban en el aire una estela negra visible en la distancia.

Aunque el tren era de mercancías llevaba su pasaje, y es que numerosos polizones escondidos en la estación se encaramaban en los vagones —encima del mineral, sin comida, agua o abrigo— para hacer el largo recorrido hacia la costa con el sueño de poner fin a su vida miserable en las aldeas del interior. Los soldados mauritanos que custodiaban la estación se empleaban de manera expeditiva a bastonazos para impedir la subida de nadie, aunque bajo un fajo de billetes hacían la vista gorda.

Numerosos desarrapados corrían parejos al tren y escalaban en marcha los vagones. Ello a fuer de los peligros del viaje: caer en marcha y ser arrollado, respirar durante casi veinte horas las tóxicas partículas de hierro o ser desalojado por la fuerza y quedar abandonado en mitad del desierto, donde la muerte era casi segura.

Como el sol se oculta rápido en esas latitudes los Land Rover reanudaron la marcha, ahora con los focos encendidos, procurando acercarse a la vía del tren, ya que aquella arteria los llevaría directos a su destino. Atravesando las montañas de hierro, y las gigantescas bocas que se abrían a cielo abierto de las que se extraía el mineral, el convoy fue entrando en el caserío de Zouerat.

Los pasajeros se toparon de repente con rocas cruzadas en la carretera y una serie de vehículos en las cunetas. En torno a ellos fumaban un grupo de soldados mauritanos. Al ver aproximarse a los Land Rover estos le salieron al paso y les hicieron señas de detenerse. Era uno de los muchos controles militares que había a la entrada y salida de las ciudades, algo que se había hecho habitual en todo el territorio mauritano desde que accedió a la independencia, apenas una docena de años antes.

Los conductores sacaron unos salvoconductos por la ventanilla e intercambiaron unas palabras en *hassanía* con el mando del retén. Este, con gesto grave, supervisó el documento con la linterna, luego alumbró a la cara de los pasajeros y el interior del vehículo, a continuación, indicó a un subordinado que subiera a la vaca del coche a registrar. El soldado comprobó que aparte de bidones de gasolina y agua solo llevaban mantas, comida y poco más; en absoluto armas o equipamiento militar.

Mientras los soldados registraban aquí y allá el ambiente se relajó, ahora el oficial mantenía una charla animada con los ocupantes, riendo y bromeando. Parecía como si se conocieran de toda la vida, era esa característica forma de ser de los hombres del desierto que una vez rota la suspicacia todo se torna en familiaridades. A una orden del capitán los soldados retiraron las piedras para dejar expedita la carretera. Soldados y viajeros se despidieron con muestras de afecto. Los coches entonces avanzaron hacia el centro de la ciudad.

Zouerat era la capital administrativa de este rincón mauritano, la antigua Fort Gouraud de la época colonial —lo que fuera en su día un destacamento avanzado para contener a las indómitas tribus beduinas en esa remota frontera del África Occidental francesa— y estaba ubicada en torno a la *sebja* de Yjil. Esta era una importante laguna salada en medio de las rutas caravaneras que partían desde Tombuctú hasta Marraquech. Además, estaba

relativamente cerca Chinguetti, famosa en todo el desierto por ser la séptima ciudad santa para los mahometanos, y por su característica mezquita. Con el descubrimiento del aparentemente inagotable filón de hierro Zouerat había reverdecido sus laureles y era de nuevo activa económicamente. Podría decirse que con la excepción de Nuadibú era casi la única en todo Mauritania.

Sin embargo, esto sería engañoso porque aquel caserío distaba mucho de parecerse a una ciudad propiamente dicha. Más bien se trataba de un conjunto abigarrado y caótico de casas de adobe, jaimas y chabolas miserables de chapas y tablones en torno a una plaza que antaño debió ser hermosa, flanqueada ésta por una decena de edificios administrativos, como el de la compañía del hierro y la residencia del gobernador. También había cuarteles y las consabidas mezquitas.

Por lo demás, hacinamiento y calles tortuosas; cabras comiendo cartón, corrales con algún dromedario y coches desventrados aquí y allá. El alumbrado eléctrico se reducía a unas pocas calles céntricas, sin asfaltar en su mayoría, y donde la basura se arracimada en cualquier rincón. De los galpones y chigres tenuemente iluminados, que servían de tiendas de casi todo, salían los ritmos lánguidos de la música *houl* que transmitía Radio Nuakchot.

Por los suburbios de la ciudad los dos Land Rover se abrieron paso como pudieron entre un nutrido grupo de niños medio desnudos que correteaban tras una bola de trapo que les servía de balón. Allí se entrecruzaron con bicicletas aplastadas por fardos imposibles debido a su tamaño y carga heterogénea, esta podía ir desde una cabra maniatada a horcajadas sobre un enorme hato de leña, a la esposa y los hijos del paisano. Otras portaban bidones de preciada agua, ladrillos de adobe y materiales de construcción; casi cualquier cosa imaginable.

Un pequeño local exhibía las piezas de carne a la venta: hígados, entresijos —casquería en su mayor parte —, todas sobre el mostrador de piedra y colgadas de ganchos al aire libre, paraíso de moscones que el carnicero aventaba con un paipai. Sobresalía de entre todo el género una enorme cabeza de camello despellejada, con los ojos opacos en sus cuencas y sus grandes dientes verdosos. Suspendida de un garfio miraba con aspecto tétrico, como si de una criatura de El Bosco se tratara. Las pocas furgonetas no paraban de sonar el claxon para que les dejaran paso, explicitando el estatus del chófer por conducir un vehículo a motor, y la prisa que tenía.

Dada la hora ya avanzada, y como la oscuridad se adueñaba de la ciudad, poco a poco la gente se iba recogiendo a sus casas y los callejones se fueron quedando solitarios. Asombrosamente los conductores del convoy parecían conocer el camino en aquel laberinto y giraban por angostos recodos de los que a cualquiera les hubiera resultado imposible salir.

En una calle se abrió una explanada y vieron a un hombre con un camping gas en la mano haciendo señas, en torno suyo había varios *jeeps* con soldados montando guardia. El primer coche le lanzó una ráfaga con los focos y paró, el hombre del camping gas les indicó a través de la ventanilla que le siguiesen y estacionasen una decena de metros más adelante.

Tras aparcar en un ensanche todos los pasajeros bajaron y se dirigieron a una casa que destacaba sobre las de alrededor por su tamaño. Era, sin duda, la vivienda de alguien importante. Tenía detalles de un antiguo esplendor, ahora caduco a juzgar por los desconchones de la fachada y algunas ventanas desvencijadas. En sus tiempos debió ser la *ville* de algún acaudalado francés. Sobre la balaustrada de la terraza dos hombres de uniforme fumaban observando la llegada del convoy.

De la vivienda salió un hombre vestido con una tradicional *darrá* de gran calidad, esa túnica amplia y bordada que era la prenda nacional por excelencia. Se tocaba la cabeza de manera afectada con un turbante a la última moda de Nuakchot. Uno a uno les fue saludando a todos, según ese rito tan ceremonioso que incluye abrazos, besos y apretones de manos, y les invitó a pasar.

—Está bien, ya habéis llegado. Con retraso, pero al fin aquí. Os están esperando desde ayer. Han venido también militares de la inteligencia, quieren tener registro de todo lo que aquí se diga; es normal, no os debéis preocupar —dijo el anfitrión. —¿Todo bien? ¿no os han visto pasar?

—Lo sentimos, señor Ould Cheij, no es fácil burlar a las patrullas. Cada vez tienen más vigilada la frontera, pero no tenga cuidado, sabemos manejarnos. Muchas gracias por su hospitalidad —respondió Gali, el último de los viajeros.

—Bueno, descansad un rato. Os prepararán un té. Aquí estáis seguros, pero quiero que todo termine esta noche. Mañana debéis abandonar la casa, la situación sería delicada si vuestra presencia fuese delatada. Se supone que nuestro gobierno está al margen de vuestros propósitos, ya sabéis.

—Si todos están aquí podemos empezar enseguida.

—Creo que todavía falta alguno de los vuestros.

—Era de esperar —repuso Gali —, de todas maneras, empezaremos sin ellos. El tiempo apremia.

Brahim Gali era un hombre de unos veinticinco años. Como todos los de su etnia era alto, delgado, con la tez curtida por el aire del desierto y un rostro alargado, de gesto severo y hierático, a pesar de la juventud. Parecía como tallado en madera, como esas angulosas máscaras africanas de caoba. Vestía una camisola y pantalón estilo militar. Se quitó con rapidez de la cabeza un polvoriento turbante negro colocándose de fular en torno al cuello.

El anfitrión ordenó a un sirviente negro que fuese a la cocina a preparar té y algo de comer, luego indicó a los recién llegados el camino a través del amplio recibidor hacia una puerta. Estos penetraron a una gran sala amueblada con mesas bajas y almohadones a todo lo largo de las cuatro paredes. El ambiente estaba cargado de humo de tabaco y de olor a comida; también del inefable tufo a humanidad. En verdad, no se podía pedir excesiva higiene a los que cruzaban el desierto en jornadas extenuantes.

Al entrar todos los presentes dejaron su conversación y se levantaron fundiéndose entre sí en abrazos y sonoras palmadas en la espalda. Ninguno de los que se incorporaban quedó sin saludar. Algunos se conocían y eran familia, pero otros se veían en aquella ocasión

por primera vez. De todas maneras, las circunstancias de clandestinidad y peligro reforzaban los lazos de compañerismo.

Del piso de arriba bajaron dos hombres; eran oficiales de inteligencia mauritana. Uno vestía uniforme de coronel, con todas esas charreteras doradas en la bocamanga y los hombros, el otro iba de paisano con un elegante traje de chaqueta al estilo occidental. Saludaron con cordialidad a los recién llegados, pero evitaron decir sus nombres. Cuando el sirviente negro —en realidad un esclavo, pues, aunque abolida por la constitución, en Mauritania esta lacra era una práctica extendida de los árabes hacia la población negra — dejó las bandejas con comida y abandonó la sala, Brahim Gali sin más preámbulos sacó un cuaderno de su morral y ocupando el centro de la sala tomó la palabra.

—Amigos, camaradas, nos damos la bienvenida por haber llegado sanos y salvos hasta esta localidad del país hermano de Mauritania, y a esta casa que nos ha cedido con generosidad el señor Chej Ould Cheij.

Ould Cheij hizo un gesto con la cabeza en señal de aprobación, él también tenía material de escribir a mano, los oficiales de inteligencia, por su parte, habían puesto en marcha un magnetofón y habían acercado un micrófono al orador. Debían dejar constancia para su gobierno de todo cuanto se acordase aquella noche.

—Este momento —continuó Gali —debe ser histórico, pues hoy sentaremos las bases de lo que ha de ser el movimiento de liberación de nuestra futura patria saharauí de la opresión imperialista y fascista de España. Nuestros mártires nos lo demandan desde sus tumbas. El pueblo saharauí debe de una vez sacudirse el yugo y las cadenas. Somos herederos de Bassiri, asesinado por las tropas de ocupación españolas hace ya tres años, y de todos los caídos en la represión de Jatarrambla.

Los cerca de treinta asistentes prorrumpieron en aplausos y frases de aprobación que intercambiaron entre sí. El verbo enfático de Gali galvanizó en un instante a la concurrencia. Aquel hombre de aspecto adusto y severo sabía hablar, y en un instante concitó en torno suyo una poderosa corriente de adhesión.

En la mente de todos estaban los sucesos a los que el orador se refería. El 17 de junio de 1970 se produjeron en El Aaiún, capital de la provincia española del Sahara, unos disturbios que acabaron con varios muertos en la barriada de *jaimas* de Jatarrambla — cuatro según las fuentes oficiales, catorce y hasta treinta al decir de las voces opositoras —. Aquello había marcado un antes y un después en las relaciones de las autoridades españolas y la población nativa.

Ese día el Gobernador, Pérez de Lema, se había reunido con los ancianos saharauís, que estaban constituidos en una suerte de asamblea consultiva denominada *Yemáa*, en la parte alta de la ciudad —de población exclusivamente nativa —, y había instado a los jóvenes más levantiscos a que se unieran a ellos y expresaran abiertamente sus quejas y demandas, que él las tendría en consideración. Estos desoyeron los requerimientos y envalentonados fueron alzando su nivel de protestas con insultos, intimidaciones y lanzamiento de piedras.

Desgraciadamente el Gobernador —un general, al fin y al cabo —llamó para disolver a los manifestantes a una sección de la Legión y no a las unidades antidisturbios. La Legión

no era la fuerza idónea para aquella situación, pues era una unidad militar de acción directa. Cuando una piedra golpeó la cabeza del teniente al mando, que cayó al suelo inconsciente, los legionarios enfurecidos cargaron las armas y dispararon a la multitud. Varios cuerpos fueron abatidos, otros muchos resultaron heridos. Lo peor de todo fue que esa noche se produjeron registros buscando responsables y el líder de la algarada, Mohamed Bassiri, fue detenido.

Aquella fue la última vez que se le vio con vida. Para unos puso tierra por medio y huyó a Marruecos olvidándose de sus correrías clandestinas, para otros simplemente fue ejecutado. Lo cierto es que nunca más se supo de él, por lo que se convirtió en un mártir de la causa independentista.

Brahim Gali continuó su arenga, esa era la ocasión que tanto tiempo llevaba buscando y quizá no hubiera una coyuntura tan propicia como aquella. Estaba resuelto y venido arriba, a tenor del buen recibimiento a sus diatribas.

—Los movimientos revolucionarios socialistas de las jóvenes repúblicas africanas nos están mirando en esta encrucijada. Nosotros, como ellos antes, debemos tomar las riendas de nuestro destino porque un futuro glorioso nos espera, el futuro de un país independiente en comunión con las naciones hermanas del Magreb. Crearemos una patria nueva, marchando al paso y de la mano con la Mauritania del gran presidente Ould Daddah, la Argelia del coronel Boumedián, el Marruecos de su rey Hassán II, hijo del recordado Mohamed V, que nos marcó a todos la senda de la descolonización. Y, por supuesto, con la Libia del gran amigo de nuestra causa, Muamar el Gadafi, que nos prestará todo su apoyo, logístico, económico y militar para proclamar la República Árabe Socialista Saharaui. Así nos lo ha manifestado personalmente en Trípoli, y aquí traigo una cinta grabada por él mismo que da fe de lo que digo, en la que nos brinda todo su ánimo. Camaradas, no debemos ni podemos decepcionar a nuestro pueblo, que espera ansioso que despertemos de nuestro letargo y tomemos las armas para conseguir la anhelada independencia. ¡La libertad se conquista con el fusil!

A continuación, Gali puso en un pequeño magnetofón a pilas una cassette y los reunidos pudieron escuchar la voz mesiánica del líder libio que les instaba a revolución socialista africana. Se oyó el característico tono gutural del líder libio, con su estilo tan recargado de exageraciones e hipérboles, llamando a la lucha.

Al terminar hubo de nuevo una nutrida ovación, ahora con proclamas más enérgicas y subidas de volumen, por lo que el anfitrión mauritano tuvo que hacer señas de que bajasen la voz; no era conveniente que el vecindario se alertase más de lo que estaba.

A Brahim Gali la perorata le salió como un torrente; la llevaba preparada a conciencia, sabedor del efecto que produciría al tocar las fibras sensibles de su público, ahora totalmente entregado. Para los concurrentes aquellas frases tan cargadas de consignas incendiarias les parecían música celestial, era lo que de un tiempo a esta parte leían en los panfletos y hojas volanderas que salían de los ciclostiles clandestinos.

Al oír mencionar a tantos líderes y tantos apoyos internacionales sus cabezas bullían a toda velocidad, como si fueran una centrifugadora. Este era el momento de la verdad; todas las penurias pasadas y los sinsabores, todos los anhelos frustrados quedaban atrás.

Uno de los asistentes se levantó y pidió la palabra.

—Nuestro camarada Luley quiere decir algo. Adelante —dijo Gali.

El que pedía la palabra era El Uali, apodado Luley, un joven idealista que rondaba los veinticinco años, como casi todos los allí reunidos. Su aspecto enérgico llamaba la atención. Era bastante alto, incluso para la media de los saharauis, delgado y fibroso. Destacaba su mirada fiera y desafiante que procedía de unos ojos negros como carbones. Llevaba una gran melena de pelo crespo, en sintonía con el movimiento contracultural *hippie* que en aquellos años era la moda, una perilla y un bigote. Su alta estatura se veía reforzada por la *darrá* celeste que vestía y que llegaba hasta el suelo. El silencio que se hizo cuando Luley se levantó evidenciaba el poderoso ascendente que ese hombre joven ejercía sobre los demás.

Sin preámbulos Luley se dirigió al público.

—En efecto, como dice el camarada Brahim, la libertad se conquista con el fusil, no con palabras ni negociaciones, por ello debemos pasar a la acción. En este congreso fijaremos los primeros objetivos militares, que deben ser lo suficientemente espectaculares como para que todo el mundo se haga eco de nuestra lucha, y para que sepan que estamos aquí para dar la batalla. Pero para eso, amigos míos, es necesario, es imprescindible, que adoptemos definitivamente un nombre, unas siglas con las que la gente nos reconozca. Mirad a nuestro alrededor. Debemos imitar a la OLP palestina, o al FRELIMO de Mozambique. Deben ser unas siglas específicas de nosotros y nuestra tierra. Presentemos propuestas y las discutiremos democráticamente.

Entonces se abrió un encendido debate sobre el nombre que dar a la organización. Al parecer no había duda en que las palabras Frente y Popular figurasen en las siglas, en sintonía con lo que Gali había dicho unos instantes antes. Todos los movimientos de liberación que se preciasen necesitaban de esa terminología; que quedase explícito que se trataba de una formación militar o armada —de ahí lo de Frente — y además que, en concordancia con las corrientes emancipadoras que sacudían el Tercer Mundo, fuese Popular.

A nadie se escapaba que ese matiz suponía posicionarse en la esfera del “socialismo científico” que emanaba de la Unión Soviética, o incluso de la República Popular China, pero era lo deseable. En cuanto al término Liberación era obligado, pues se trataba de sacudirse el yugo de una potencia colonizadora. Estos tres puntos: Frente, Popular y de Liberación, así por ese orden, se acordaron inmediatamente sin problemas.

Más peliagudo fue encontrar ese sustrato cultural, étnico o geográfico que definiese lo que sería la futura república. Ahí no había consenso porque ciertas denominaciones eran ambiguas o inducían a error. Unos apelaban al carácter sahariano de la región, pero eso podría crear problemas en el futuro con sus vecinos, también saharianos. Otros trajeron a colación la figura de Ma' el Ainin, el líder espiritual y mítico fundador de la ciudad santa de Smara que no cejó en su guerra contra la dominación francesa.

Alguien repuso, con acierto, que Ma' el Ainin en su lecho de muerte había recomendado a sus sucesores que, si tenían que ponerse bajo la tutela de algún estado colonial, este

fuese España, por su acendrado sentido de la hidalguía; y ese era precisamente el país del que se querían liberar. Un contrasentido inadmisibile.

Los presentes escucharon un tanto corridos esta lección de historia que desconocían, pero que fingían haber olvidado. Por lo tanto, la reivindicación a Ma' el Ainin también quedó descartada. En cuanto al componente racial o étnico tampoco prosperó, porque el pueblo saharauí era el mismo que el mauritano, y porque un movimiento popular no podía relegar a otras etnias, como los negros descendientes de esclavos que, aunque en número menor, existían en el Sáhara español.

En esa disyuntiva, y ante el tremendo atasco, no les quedó más remedio que echar mano de la nomenclatura española para definir el territorio. Los españoles, desde hacía tiempo, habían dividido para su mejor administración esa provincia en dos partes diferenciadas: desde la frontera norte, límite con Marruecos, hasta la altura de Cabo Bojador, a la que denominaban Saguia el Hamra, y de Cabo Bojador hacia el sur, hasta Mauritania, que llamaban Río de Oro.

El nombre de Saguia el Hamra, que en *hassanía* significa Acequia Colorada, venía dado por la gran cicatriz que en sentido este-oeste recorre esa faja de terreno, lo que no es sino el remanente de un gran río prehistórico que hace miles de años inundaba las fértiles riberas pobladas entonces por jirafas, avestruces y leones, ahora extintos.

Río de Oro, que muchos aventureros supusieron en su momento que hacía referencia a enormes filones del preciado metal, debía su nombre a que cuando los portugueses recorrieron esas costas en el siglo XV, haciendo cabotaje en sus viajes comerciales por las costas africanas, encontraron una gran bahía que se prolonga casi cuarenta kilómetros paralela a la costa, y que en su día les recordaba a la desembocadura de su río Douro. La transformación lingüística al español degeneró en Río de Oro. Lamentablemente nada que ver con fantásticos yacimientos auríferos.

Con todos estos términos en la cabeza los conspiradores empezaron a jugar con las sílabas, colocándolas en diversas posiciones sin encontrar la fórmula.

—¡Frente Polisario!! —dijo al fin alguien en voz alta, éste pudo ser Abdelazziz, Alí Beiba o Lamine, pues en realidad nunca se supo — ¡Frente Popular para la Liberación de Saguia el Hamra y Río de Oro!

Aquel acrónimo de siglas daba un nombre inaudito y raro, por lo que todos quedaron durante un rato bastante indecisos. Imaginaban lo que sus mentores y patrocinadores, y en general el gran público, les diría: ¿qué es eso de Río de Oro?, ¿dónde se encuentra?, ¿a qué alude?

Más enrevesado y difícil de pronunciar para un extranjero, como un francés o un sueco, era el nombre de Saguia el Hamra.

Sin embargo, poco a poco, y a base de repetir "*Frente Polisario, Frente Polisario*", el nombre fue calando. Al final —quizá a falta de uno mejor —lo encontraron eufónico. Parecía que sonaba bien, y definía exactamente lo que reivindicaban: un espacio geográfico muy concreto, que alejaba el fantasma de futuras reivindicaciones territoriales por parte de terceros países. Para los recalitrantes se haría un ejercicio de pedagogía y se explicaría una y mil veces el significado de las siglas.

Los “polisarios”, pues a partir de ese momento decidieron denominarse así, exhaustos se abrazaron y se felicitaron después de aquel doloroso parto. Era de la máxima importancia tener un nombre con el que identificarse, porque sin nombre no había nada. Todas las futuras y brillantes acciones de combate que estaban por venir se irían por el desague de la Historia si no tenían quien las reivindicara.

Las largas deliberaciones, que parecían no tener fin, a los oficiales mauritanos les tenían agotados, se turnaban para ir a descansar a la azotea o al retrete mientras otro seguía pendiente del magnetofón. Estos debates les resultaban la más de las veces pueriles y tediosos, y el hastío se comenzaba a dibujar en su cara. Desde la atalaya de su posición dominante miraban con desdén a los jóvenes idealistas que parecían jugar a cambiar el mundo, pero estos, inasequibles al desaliento, hablaban y hablaban y votaban sus resoluciones que luego anotaban ceremoniosamente en sus cuadernos escolares.

El ambiente estaba saturado de humo de la *maniya*, el tabaco que guardaban en sus tabaqueras artesanales, y de cigarrillos españoles, por ello el anfitrión mandaba abrir de vez en cuando las ventanas, a fuer de que la conversación pudiese ser escuchada desde el exterior.

La conjura había llegado al fin a su zénit, se acordó repartir cargos de un fantasmagórico Comité Revolucionario que funcionaría como un estado de verdad en el exilio. Las funciones de mayor responsabilidad recayeron, como era de prever, sobre Gali, Luley y Abdelazziz —que eran los líderes naturales—, pero quién más, quién menos, tuvo su parte alícuota de competencias, y así todos quedaron satisfechos.

A continuación, se pasó a definir el carácter armado del Frente y los objetivos militares a corto plazo, y, aunque sobre esto no había dudas, hubo quien expresó abiertamente sus temores porque se daba por cierta la respuesta contundente del ejército español, y que ésta sería temible.

Una sombra planeó de manera ominosa sobre la sala: ¡La Legión! Siempre allí, siempre alerta y dispuesta para el combate más duro y encarnizado. Todos la conocían y sabían cómo la gastaba, su mero nombre causaba temor. Simplemente el rostro de los legionarios amedrentaba; sus barbas y patillas, sus tatuajes, esa mirada altiva y retadora... Enfrentarse a esos hombres era harina de otro costal, mejor no tropezarse con ellos porque esos soldados actuaban de manera expeditiva y sin miramientos. De hecho, aunque en la mente de todos, su nombre no se pronunció.

Por eso, al principio se decidió actuar con cautela e iniciar acciones de bajo perfil, más para llamar la atención internacional que otra cosa, y para hacerse con armamento y municiones, tan necesarias en esos momentos. El primer objetivo sería el pozo de Janquel Quesat, a pocos kilómetros de la frontera, frecuentado apenas por patrullas de las Tropas Nómadas o por la Policía Territorial. No sería difícil si lograban infiltrarse entre la tropa nativa, que constituía el porcentaje mayor de aquellas fuerzas. En fin, nada de importancia, ya que un futuro prometedor se abría ante ellos.